

**LA CRISIS DEL PORVENIR**  
**Por el Académico de Número**  
**Excmo.Sr.D. Ricardo Sanmartín Arce**

Al pensar sobre el porvenir –temido o deseado- nos movemos siempre en la incertidumbre, y deberíamos hablar en futuro imperfecto de subjuntivo, pues, en realidad, no sabemos qué futuro nos espera. Al escribir sobre el futuro corremos el riesgo más seguro de equivocarnos, pues el desconocimiento del futuro forma parte del ser mismo del porvenir. No tenemos dato empírico alguno del futuro. Sin embargo, nos empeñamos en conocer su rostro como un paliativo a la angustia que nos produce ese no saber a qué atenernos. Una parte central de nuestra racionalidad se ocupa en hacer planes para el futuro, en prever el porvenir para encajarlo mejor y, sobre todo, para diseñar una acción que nos permita configurar un futuro en el que quepa realizar ese deseo siempre inalcanzado. Con todo, por su mismo ser, nunca veremos el futuro, solo vemos –si nos damos cuenta– el presente. Salvo los aspectos aún vivos del pasado cuyos efectos nos siguen alcanzando, el porvenir siempre está por llegar, todavía no ha venido. El futuro solo está presente en nuestra imaginación, como está presente el pasado en la memoria, ese pasado que el presente alimenta en cada instante en que lo cumplimos y zanjamos. Y sin embargo –imaginado o imprevisto futuro– siempre está llegando el tiempo como las olas del mar a su destino en la arena. Concebir la preocupación por el futuro como un signo de inteligencia forma parte de nuestra tradición cultural. De hecho, toda investigación, aunque se centre sobre hechos consumados, se lleva a cabo precisamente para intervenir en el curso de los hechos y encauzar la realidad hacia un futuro deseado. Ese fondo de la voluntad no solo interviene en la estructura del pensamiento mágico, sino también en la más pura ciencia físico-natural, aunque sus métodos difieran; lo recordaba Ortega cuando apuntaba la persistencia de un interés práctico en toda ciencia. En el caso de la Antropología cultural, como ocurre con las ciencias sociales, es más difícil el diagnóstico en el tiempo, pues no hay leyes de la naturaleza de su objeto comparables a las naturales. Sin embargo, no podemos dejar de pensar en el futuro de la cultura cada vez que escrutamos el presente e intentamos aprender las lecciones de la historia. En esta circunstancia, que al vivir en ella encaramos, la misma cultura que escrutamos está presente como horizonte abarcador y como su propio medio más humano. El objeto de estudio y la vida se unen, pues, en una misma tarea de un modo necesario.

En el caso que nos ocupa –el futuro de nuestra cultura– no solo es difícil no confundir el deseo con la realidad de lo estudiado, sino que lo estudiado depende en buena medida de cuál sea ese deseo. No me refiero, obviamente, al mío personal, sino al deseo de quienes sustentan esa creación colectiva en marcha que es toda cultura. Tampoco me refiero al capricho o a la tendencia esperable. El grupo no tiene propiamente deseos. Cuanto se representa en su imaginario de un modo positivo o atrayente es de calidad más borrosa. Lo que sucede es un proceso de composición de fuerzas de distinta magnitud en recíproca tensión, cuyo inestable equilibrio final nadie había diseñado, y al que podemos referirnos resumiéndolo bajo la analogía del *deseo* y la *imagen* positivamente valorados. Esa composición de fuerzas, impulsada por imágenes de tantos actores sociales en la escena actual de nuestra historia, resulta de nuevo difícil de escrutar por el singular carácter de la gran crisis que ahora mismo nos envuelve a todos. No es una crisis solamente económica. El cambio iniciado es también geopolítico, científico, social y cultural. Si nuestra cultura se ubica en medio de ese gran proceso histórico, no podremos entrever su futuro al margen o prescindiendo de ese gran contexto en el que está inmersa y a cuya construcción contribuye. Las distintas culturas nacionales del conjunto de Occidente, aun con su efectiva singularidad heredada de sus tradiciones, ya no cambian de un modo tan independiente como antaño. A pesar de sus lenguas y tradiciones diferentes, no solo están conectadas entre sí Grecia, Irlanda, Portugal, España e Italia, sino que esa misma conexión en el curso actual de la historia depende muy estrechamente de los EE-UU y Alemania, de toda la Unión Europea y, por supuesto de China, India, Brasil, Japón y las circunstancias cambiantes o tercas de Oriente Medio y del Norte y del Este de África. No es solo la economía, sino la época entera la que nos influye a todos.

## **Culturaciones.**

En-culturación, a-culturación y transculturación son términos que aluden a procesos culturales de adquisición y transformación cultural, de trasvase de contenidos culturales del grupo a sus miembros, de un grupo a otro o entre grupos en contacto que, con la interacción y el paso del tiempo, alteran el sistema simbólico-semántico que constituía su patrimonio tradicional. Como consecuencia de ello, el sujeto se socializa e integra en el grupo que le encultura o los sujetos acaban aceptando contenidos parciales de otras tradiciones que, una vez reinterpretados, cambian igualmente su propia cultura. Con todo, lo que atestiguamos en la historia de nuestra época es una intensificación del contacto entre grupos con distintas tradiciones culturales que, en grados muy diferentes y con marcada desigualdad en su fuerza e intensidad, modifican no solo la cultura de un grupo con elementos de la propia de otro, sino que todas ellas se ven cuestionadas, incitadas y transformadas en una dirección a grandes rasgos tan coincidente como desconocida para todas. No se trata de negar los procesos de difusión cultural que siempre se producen cuando entran en contacto grupos humanos que poseen culturas diferentes, con el desarraigo consiguiente que sufre todo emigrante cuando sale de su tierra y emigra a otra sociedad y cambia el modo como se ve a sí mismo o se desconoce. La difusión no sólo se produce con la ocupación colonial. Es evidente que la lengua con la que escribo, siendo tan mía, tiene raíces romanas, griegas, germánicas, árabes –y, más modernas, con la técnica y el comercio– francesas, inglesas o americanas. La música, el cine, la televisión y la Red nos han traído sentimientos, palabras, ideas, formas, imágenes, actitudes y posibilidades que encierran contenidos cargados de valor y que, al sembrarlos en nuestro interior, germinan frutos imprevisibles. Estudiar esos fenómenos como difusión cultural con los efectos aculturativos producidos es útil sin duda, pero también podemos cambiar ligeramente el enfoque sobre el tema para dar cuenta del mismo con otro énfasis, sobre todo ahora que la intensidad de la globalización muestra la fragilidad –antes menos percibida– de las culturas difusoras. Quisiera tan solo centrar la atención sobre el carácter común del reto que apremia a todas las sociedades contemporáneas y que no cabe entender solamente como préstamo, influencia o trasvase de unas culturas difusoras sobre otras receptoras. Hay aculturación recíproca pero desequilibrada, por eso quizá podamos comprenderlo mejor si dirigimos una nueva mirada al tiempo y al espacio, al hacerse a ciegas de la historia entre todos, por una parte, y al hecho ecológico global del espacio que a todos nos afecta, por otra.

## **Globalización.**

Los procesos de la globalización no es la primera vez que irrumpen en la escena de la historia. Lo nuevo, quizá, sea su exhaustividad, su radicalidad, su totalidad. Hemos conectado todo hasta percibir algo obvio: que la Tierra es un sistema con *mariposas* cuyo aleteo desencadena efectos inesperados. Hemos creado fenómenos cuya cifra ha traspasado barreras invisibles hasta ahora. Lo nuevo no es la ley que rige los fenómenos, sino la toma de conciencia, y a ello hemos llegado como efecto no buscado del crecimiento demográfico y energético. No ha cambiado la composición ni las cualidades del CO<sub>2</sub>, aunque sí la cantidad que producimos al consumir la energía necesaria para mantener el estilo de vida al que nos sentimos atraídos un número cada día mayor de seres humanos. Es cierto que ese mismo estilo de vida ha generado especialistas capaces de detectar el cambio climático y alertarnos a todos de sus posibles efectos, pero junto a sus avisos pesan más las imágenes que dan alas al consumo en dirección contraria. Ni las culturas difusoras ni las receptoras se libran del viento de las mariposas. Con todo, no quisiera fijarme solamente en el sentido difusor de esas imágenes. Los dardos de la difusión han sido lanzados a la caza de bienes deseados, pero al recoger la presa nos hemos encontrado con efectos colaterales que han probado una vez más la *desnudez del emperador*. Solo *ex post facto* han sido capaces los especialistas de avisarnos de lo que ya había acontecido. No vieron llegar el empuje del Este derribando el Muro, ni la obscuridad suicida del nuevo siglo contra torres y trenes, ni las largas raíces desreguladoras e inmorales de la Crisis, ni el hambre de sensatez y dignidad del norte de África,

de Oriente Medio o del creciente número de los *indignados* del 15M, de Israel y tantas ciudades<sup>1</sup>, además del daño climático que lentamente infligimos a la Tierra. Simplemente queríamos vivir mejor. La novedad de tan humano deseo es su extensión. La gran conexión que ha eliminado la soledad en el espacio ha cambiado la cualidad del tiempo y la época. Hemos vuelto a Babel tras la dispersión que decretó nuestro castigo y, si en vez de levantar una torre hemos construido una red, el pecado, no obstante, ha sido el mismo: “excesiva unanimidad”<sup>2</sup>. Todos aspiramos al mismo modelo de bienestar, si bien, dentro del horizonte que a todos nos abarca, el fenómeno cobra nuevos significados. En realidad, esa común aspiración no implica una única cultura.

Son muchos los observadores que, tras detectar la progresiva homogeneización de Occidente, insisten en el crecimiento paralelo del nacionalismo y el refuerzo del particularismo, de hecho ya lo veía Ortega en *La rebelión de las masas*. Inevitablemente, al acercar volúmenes de población tan amplios y diversos –bien sea en la red o por migración–, la confluencia de intereses y aspiraciones homogeneiza y, a la vez, crea la necesidad de salvar la identidad del sujeto en el seno de una cultura que tanto lo valora. Nuevamente, se trata de fenómenos conocidos, de la tensión entre fuerzas centrípetas y centrífugas, de aquella gravitación universal que mantiene las distancias por la recíproca atracción entre cuanto se mueve en el espacio de la historia, de esa vida que se sostiene en pie, en equilibrio, por la velocidad con la que huye de sus raíces en la necesidad y por el hambre de un futuro que sacie y renueve su sed de significado y sentido. En el acelerado trayecto vital de nuestro mundo, el consumo de energía es la clave del equilibrio en medio de la velocidad, y es ahí donde la unanimidad resulta excesiva, tanto en el consumo de energía material como semántica. Ya no hay Dios que elija quién entra o no en el *Arca*, ahora estamos todos *en el mismo barco*, aunque si nos hemos bebido el mar, como reconocía el loco de *La gaya ciencia*<sup>3</sup>, y hemos borrado con una esponja el horizonte, nos encontramos varados en el desierto y sin rumbo a pesar de tener lleno el tanque de petróleo.

### **Ortega, el futuro y la verdad.**

Ortega presentó en repetidas ocasiones al hombre como un dramático gerundio entre el pasado, que posee como único patrimonio, y el futuro al que tiende buscándolo y en cuya tarea se realiza. Pero “ese pasado que somos no lo tenemos presente, no lo vemos sino en la medida y con la selección de él a que nuestro futuro nos invita, mejor dicho, nos fuerza [...] Lo que *aún no es* [...] consiste en pura urdimbre de amenazas, temores y esperanzas”<sup>4</sup>. “Somos primero que nada temor y esperanza, que son dos emociones suscitadas por el porvenir [...] el porvenir es lo que no está en nuestra mano, es lo problemático por excelencia”<sup>5</sup>. El hombre de nuestro tiempo aparece como un náufrago perdido en la arena, porque “cuando el problematismo de [el futuro] es extremo, como ahora acontece, el pasado no nos ofrece sugerencias aprovechables. Esto es lo que llamo –decía Ortega– 'haber perdido el pasado'. El hombre se encuentra hoy ante el mañana como desnudo de pretérito”<sup>6</sup>. “Esta grave disociación de pretérito y presente es el hecho general de nuestra época [...] de pronto nos hemos quedado solos [...] los muertos [...] ya no pueden ayudarnos [...] los modelos, las normas, las pautas, no nos sirven. Tenemos que resolvernos nuestros problemas sin colaboración activa del pasado”<sup>7</sup>.

---

<sup>1</sup> En octubre del 2011 ya eran 951 ciudades de 82 países.

<sup>2</sup> Sloterdijk, P. 2000: *En el mismo barco*. Madrid, Siruela. p. 17.

<sup>3</sup> Nietzsche, F. 1882: *La gaya ciencia*, nº 125.

<sup>4</sup> Ortega y Gasset, J. 1985: *Europa y la idea de nación*. Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, p. 133. El texto original es de 1951.

<sup>5</sup> *Ibid.* p. 205. Texto original de 1954.

<sup>6</sup> *Ibid.* p. 206.

<sup>7</sup> Ortega y Gasset, J. 1967 *op. cit.* p. 66.

Con todo, esa pérdida del pasado es fruto de la oscuridad del futuro, pues “donde el hombre propia y primariamente está [...] es siempre primero un vivir el porvenir”<sup>8</sup>. Claro es que, en realidad, tener o no futuro es algo que solo acontece en el presente. Si interpretamos bien a Ortega lo que nos está diciendo no es tan distinto de lo que señala Bloch sobre la esperanza. Lo valioso del futuro es tenerlo ahora en el presente. Si Ortega nos presente al hombre como un ser en gerundio, teniendo que realizarse, la fuerza para encarar su circunstancia la obtiene de ese milagro que consiste en tener futuro en el presente. “La ocupación con el porvenir es pre-ocupación. El porvenir nos ocupa porque nos preocupa [...] a esto –preocuparnos– reaccionamos buscando medios para asegurar esa inseguridad. Entonces retrocedemos del porvenir y descubrimos el presente y el pasado como arsenales de medios [...] Al chocar, pues, con el porvenir [...] rebotamos en él y somos lanzados hacia lo que tenemos: presente y pasado”<sup>9</sup>. A ese patrimonio llegamos, pues, forzados a cumplir con la tarea de realizar el futuro al que la vida nos lanza. Esa exigencia de realización del sujeto en su circunstancia es, para Ortega, la exigencia de autenticidad, pues la única necesidad humana es la necesidad de verdad. “La vida sin verdad no es vivible [...] sin verdad no hay hombre. Este puede definirse como el ser que necesita absolutamente la verdad y al revés, la verdad es lo único que esencialmente necesita el hombre, su única necesidad incondicional. Todas las demás, incluso comer, son necesarias bajo la condición de que haya verdad, esto es, de que tenga sentido vivir”<sup>10</sup>. Y, según él, “el sentido de la vida no es, pues, otro que aceptar cada cual su inexorable circunstancia”<sup>11</sup> “tal y como ella es, precisamente en lo que tiene de limitación”<sup>12</sup>, “y al aceptarla, convertirla en una creación nuestra [...] traducir la necesidad en libertad”<sup>13</sup>. De ahí que, finalmente, ese esfuerzo realizador le lleva a concluir que “el sentido y el valor de la vida [...] se halla siempre en un mañana mejor”<sup>14</sup>, esto es, un mañana en el que, contando con la limitación de la necesidad, aceptándola y basándonos en ella, sepamos crear una mejor libertad. Con todo, es la falta actual de claridad, la oscuridad del amanecer, lo que impide divisar el horizonte y dificulta el escrutinio en nuestro arsenal de los medios adecuados para construir ese mañana. A su manera también Sloterdijk alude a esa misma dificultad. Tras la *muerte de Dios*, no vemos en nuestro pasado cuál es el acontecimiento inaugural que imprime “dirección al periodo actual”<sup>15</sup>.

En la inevitable mirada del presente hacia el pasado por el futuro son varios los fenómenos que contribuyen a las dificultades apuntadas. Por una parte, el cambio en la cantidad cambia la cualidad del caso y, por otra, la complejidad así creada oculta la concatenación causal y extrema el problema, de modo que los límites de la *circunstancia* que Ortega quería que viésemos para poder aceptarla y apoyar en ello una creación libre y esperanzada, se nublan en medio de la complejidad. La gran conexión en un único sistema mundial por la globalización representa el cambio cuantitativo que produce un salto en la cualidad de lo real. También lo percibía Ortega cuando constataba que el mundo había crecido y la vida “se ha mundializado efectivamente [...] El contenido de la vida en el hombre de tipo medio es hoy todo el planeta [...] esta proximidad de lo lejano, esta presencia de lo ausente, ha aumentado en proporción fabulosa el horizonte de cada vida”<sup>16</sup>. No solo hemos integrado logros culturales norteamericanos, alemanes, japoneses o finlandeses, sino que la *circunstancia* en esas sociedades difusoras tampoco podríamos entenderla sin la enorme masa de consumidores de las sociedades

---

<sup>8</sup> Ortega y Gasset, J. 1983 (1958): Goethe – Dilthey. Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, p. 103.

<sup>9</sup> Ibid. p. 105. Ortega afirma que estas ideas las publicó ya en 1914.

<sup>10</sup> Ortega y Gasset, J. 1981: El tema de nuestro tiempo. Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, p. 45.

<sup>11</sup> Ibid. p. 51.

<sup>12</sup> Ibid. 50.

<sup>13</sup> Ibid. p. 51.

<sup>14</sup> Ibid. p. 127.

<sup>15</sup> Sloterdijk, P. 2011: Sin salvación. Tras las huellas de Heidegger. Madrid, Akal, p. 182.

<sup>16</sup> Ortega y Gasset, J. 1967 (1931): La rebelión de las masas. Barcelona, Círculo de Lectores, p. 67.

receptoras. La *circunstancia* ya no es de cada cual solamente. ¿Acaso es realista describir la *circunstancia* estadounidense sin los millones de inmigrantes hispanohablantes? ¿Podemos entender el mundo actual sin integrar en él el Islam? ¿y el Islam sin internet?. ¿Comprendemos hoy el capitalismo sin la China comunista? ¿Cabe entender la cultura de las libertades sin la música que nos difundieron los esclavos negros, sin la plasticidad de sus máscaras y colores, sin las sustancias medicinales extraídas lejos de Occidente? Y, más allá de tantos ejemplos en el campo de las materias primas que están en la base del estilo de vida occidental (agua, petróleo, soja, cobre, wolframio, berilio, molibdeno, oro...), lo que atestiguamos es la globalidad de un reto que no atañe solamente a las sociedades que han sufrido la difusión de Occidente. Si la *circunstancia* es tan global como parece, y si al intentar leer los signos del porvenir en su horizonte rebotamos al pasado, no hallamos, sin embargo, un pasado tan unitario como el futuro al que ese supuesto arsenal común tendría que responder. La exigencia de creatividad crece por ello exponencialmente. Más allá, pues, del patrimonio que Ortega nos lega al señalar nos el pasado y el presente, tenemos la necesidad, el hueco de lo que nos falta y en el que nacen los valores y la imaginación creadora.

### **Crisis y circunstancias globales.**

Occidente ha sabido integrar muchos logros de las culturas de las sociedades a las que ha difundido su propia tradición. Así triunfaron siempre las grandes culturas. Lo que ahora nos preocupa, al estar todos en el mismo barco, es el cambio de relaciones entre la escasez y la abundancia ante el cual no está siendo Occidente tan generoso como exige la época. Lo que hace tan atractivo el estilo cultural al que todos aspiran es la calidad de vida de quienes proponen su ilimitado alcance, el carácter extremo de la ambición. Pero si todos lo han de lograr y se reparten recursos y fuentes de energía con la tecnología actual, se hará evidente que no a todos alcanza el goce de dicho estilo y la necesidad se hará presente –se está haciendo presente. “El cambio climático claramente puede duplicar el precio de los alimentos en 40 años [...] Apenas 500 compañías controlan el 70 % del sector alimentario en todo el mundo. Y tres empresas agrícolas –Cargill, Unge y ADM– se reparten buena parte del comercio de cereales [...] Estados Unidos y los europeos [...] cuentan con una cantidad colosal de subsidios para su agricultura [...]y eso supone una desventaja para otros países [...] por los altos aranceles que les imponen [...] Las presiones de carácter proteccionista, incluyendo restricciones, están creciendo en los países que forman el G-20 [...] Estamos sentados sobre una bomba de relojería [...] hasta 2050 la demanda de alimentos se incrementará en un 70 % y, sin embargo, la capacidad para incrementar la producción de alimentos está en descenso”<sup>17</sup>. Con todo, según la FAO “hoy se produce comida para 12.000 millones de personas [...] cuando en el planeta habitan 7.000 [...] la emergencia alimentaria que afecta a más de 10 millones de personas [...] no tiene nada de natural [...] Las causas del hambre son políticas [...] los alimentos se han convertido en mercancías [...] A partir de los años ochenta, las políticas impuestas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial [...] implicaron una política de liberalización comercial [...] permitiendo la entrada masiva de [...] arroz y trigo, de multinacionales agroindustriales norteamericanas y europeas [...] La subida del precio de cereales básicos [...] ha convertido a estos alimentos en inaccesibles [por] razones de [...] la especulación financiera con las materias primas [...] En las Bolsas de futuros [...] la mayor parte de la compra y venta de estas mercancías no corresponde a intercambios comerciales reales [...] un 75 % de la inversión financiera en el sector agrícola es de carácter especulativo [...] Los mismos bancos, fondos de alto riesgo, compañías de seguros, que causaron la crisis [...] son quienes hoy especulan con la comida [...] Como señalaba el relator de la ONU para el derecho a la alimentación [...] el hambre es un problema político. Es una cuestión de justicia social y políticas de redistribución”<sup>18</sup>. De hecho, “si cogiéramos todo lo que se tira en tiendas, restaurantes y casa particulares de Estados Unidos y la Unión Europea, solo con eso tendríamos cuatro veces más alimentos de los necesarios para los mil millones de personas que pasan hambre en el mundo [...] Existe una fuerte conexión entre lo que nosotros

---

<sup>17</sup> Mars, A. 2011: Poco productor para atajar el hambre, Madrid, El País, 3-VI-2011, p. 37.

<sup>18</sup> Vivas, E. 2011: Los porqués del hambre, El País, 30-VII-2011, p. 29.

comemos, lo que despilfarramos y la hambruna global [...] Compramos toneladas de trigo para convertirlo en pan que luego despilfarramos. La consecuencia es que hay menos trigo en ese mercado internacional que es donde compran los países de África y Asia. Literalmente estamos sacando la comida de la boca de los que tienen hambre. Vivimos en una habitación cerrada que se llama Tierra [...] Solo en Reino Unido se rechaza entre el 25 % y el 40 % de la cosecha de fruta y verdura por motivos cosméticos (tamaño, aspecto, imperfecciones) [...] La fecha de caducidad fue una buena idea, pero ahora se ponen para proteger a las compañías de posibles denuncias, y es una manera de animar a despilfarrar alimentos”<sup>19</sup>. No solo el hambre, sino la mera desigualdad “puede ser un freno al crecimiento económico, a través del deterioro institucional [...] Con instituciones políticas informales (de facto) deficientes [...] pequeños grupos acumulan un importante poder político que les permite hacer lobby proponiendo políticas que les benefician, pero que pueden ser dañinas para el resto de la economía y para el crecimiento [...] El clientelismo político excluye entonces de la generación de rentas a una parte de la población, los no afines a la clase dirigente, que pueden tener mayor potencial de dinamismo”<sup>20</sup>. “En países donde hay una clase dominante próxima a los gobernantes, las instituciones políticas y económicas pondrán en marcha un mecanismo redistributivo deficiente [...] Desafortunadamente, existe una notable correlación entre el grado de desigualdad y la existencia de tal clase dominante [...] En estos casos, el crecimiento económico solo reducirá la pobreza si el mecanismo distributivo de la renta es suficientemente equitativo, permitiendo el acceso de nuevos ciudadanos a las clases dirigentes y posibilitando con ello que sus valores sociales pasen a jugar un papel en el proceso de definición de las instituciones formales e informales. Por eso es necesario combinar políticas de crecimiento con políticas redistributivas”<sup>21</sup>. Se trata de un problema que afecta al mundo, tanto a países desarrollados como no. Según el Nobel J. E. Stiglitz, “el aumento de la desigualdad es producto de una espiral viciosa: los ricos rentistas usan su riqueza para impulsar leyes que protegen y aumentan su riqueza (y su influencia) [...] La influencia política y las prácticas anticompetitivas (que a menudo se sostienen gracias a la política) fueron un factor central del aumento de la desigualdad económica. Una tendencia reforzada por sistemas tributarios [...] donde los especuladores que contribuyeron a colapsar la economía global tributan a tasas menores que quienes ganan sus ingresos trabajando [...] a los banqueros se les rescató, y a sus víctimas se las abandonó [...] muchos jóvenes que estudiaron con esfuerzo y respetaron todas las reglas ahora están sin perspectivas de encontrar un empleo gratificante”<sup>22</sup>. No es, pues, un mero problema del norte o del Cuerno de África, del mundo árabe o del Tercer Mundo. La globalización ha hecho común la *circunstancia* y nos ha enrolado a todos en el mismo barco. Las *mariposas* han emprendido el vuelo y el barco zozobra en medio de la tormenta.

Si Heidegger está en lo cierto, “los tiempos de la historia se distinguen cualitativamente”<sup>23</sup> y esa cualidad que los define “no significa otra cosa que la condensación –cristalización– de una objetivación de la vida dada en la historia”<sup>24</sup>. El problema es que esa condensación que cualifica nuestra época está alimentada por las imágenes del deseo a cuyo logro se orienta el barco sin ver la orilla de un destino desconocido. Ortega pensaba que “actúa, por lo visto, en la historia una fantasía *necesaria* que imagina el porvenir del hombre, lo dibuja como proyecto de ser, como vital programa”<sup>25</sup>. Según Bloch, en la medida en que esa fantasía se carga de valor, “el objeto ideal, actúa [...] como si [...] poseyera un querer

---

<sup>19</sup> García-Albi, I. 2011: Tiramis de fruta y verdura solo por motivos estéticos. El País-Tierra, 15-X-2011, p. 6.

<sup>20</sup> Novales Cinca, A. 2011: Crecimiento económico, desigualdad y pobreza. Real Academia de CC. Morales y Políticas. <http://www.racmyp.es/noticias/2011/2011-06-21%20-%20Alfonso%20Novales%20Cinca.pdf>, pp. 6-7

<sup>21</sup> Ibid. p. 11.

<sup>22</sup> Stiglitz, J.E. 2011: La globalización de la protesta. El País, 6-XI-2011, p. 26.

<sup>23</sup> Heidegger, M. 2009: Tiempo e historia. Madrid, Trotta, p. 35.

<sup>24</sup> Ibid. p. 36.

<sup>25</sup> Ortega y Gasset, J. 1981: El tema de nuestro tiempo. Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, p. 48.

propio que se dirige como un deber-ser a los hombres”<sup>26</sup>. Es más, la fantasía que imaginamos nos resulta inevitable porque posee la naturaleza de los mitos en los que creemos y, verdaderamente, no está la *creencia* en el consumo y el modelo del *mecanismo* ante la clara conciencia como lo están las *ideas* sobre sus efectos, pues con aquella leemos cuanto creemos entrever en el horizonte. De lo contrario habríamos vislumbrado con más acierto o habríamos cedido con más generosidad la voluntad para evitar crisis y explosiones sociales.

Muchos de los daños del pasado siglo, en opinión del premiado economista Stern, se percibían antes más claramente. “Esto de ahora es mucho más profundo porque causa daños mayores y tiene el inconveniente de que es a escala global. Además, no se ve como entonces se veía”<sup>27</sup>. En el primer tercio del siglo XX se creía vivir “en un tiempo que se siente fabulosamente capaz para realizar, pero no se sabe qué realizar. Domina todas las cosas, pero no es dueño de sí mismo. Se siente perdido en su propia abundancia [...] de puro parecemos todo posible, presentimos [...] la decadencia”<sup>28</sup>. Y de ella Ortega decía que “las decadencias, como los nacimientos, se envuelven históricamente en la tiniebla y el silencio”<sup>29</sup>. Esa ocultación del propio rostro es, quizá, una de las más problemáticas cualidades del problema. Inmersos en él como en la niebla, no vemos su forma ni apreciamos su tamaño. Embotados por el ruido de la época, no identificamos la pregunta que nos formula el problema cuando este nos circunscribe. A ella se suma, ocultándolo en un grado más, la complejidad de la nueva época. Entre los efectos sentidos por la población y las lejanas *mariposas* hay una espesa red circunstancial tejida con titulaciones de deuda y deseos de mayor autonomía, de apalancamiento financiero y búsqueda de éxito, de ventas al descubierto o en corto que provocan desplomes bursátiles y ofertas de rescate o de impuestos a las rentas superiores, de valoraciones expertas e interesadas –que son meras opiniones<sup>30</sup>– y un anhelo sostenido por modernas imágenes mitológicas que llenan la mente con un horizonte de posibilidades sin fin. Bajo las imágenes de los nuevos mitos hemos olvidado la *única necesidad* y tergiversado las otras que, además hemos satisfecho con una abundancia que nadie reclamaba. No sólo dañamos la verdad al producir bienes con su obsolescencia programada<sup>31</sup>, sino también al fabricar artificialmente las necesidades mismas y forzar su percepción en el mercado. De un modo y otro, alteramos el sentido y jerarquía de los valores a la vez que degradamos las necesidades como simples pasos previos del placer de satisfacerlas. Al olvidar así la naturaleza de nuestra humanidad, hemos reducido el papel de las necesidades y vulnerado su función de límite formativo, su modo propio de operar como anclajes en la realidad, como conectores con el resto de la naturaleza, como fuerzas que nos sitúan en la red de la vida. Esta manera de ver las cosas, derivada de aquella fantasía, valora negativamente las necesidades como meras limitaciones, como signos de la proximidad de la muerte. Casi sin darnos cuenta, hemos permitido que haya ido cobrando peso en el imaginario cultural una visión de los límites como constrictores de un querer que no debiera tener fin ni impedimento.

Es más, el imaginario creado nos ha distanciado en exceso de la realidad y se interpone al contacto con ella acolchando su roce. No es que semejante colchón cultural anule la información que nos llega de la naturaleza o de nuestros vecinos de camarote en este barco en el que navegamos todos, pero nos taponan los oídos y confunde el origen del ruido. De hecho, ninguna cultura ha lanzado más

---

<sup>26</sup> Bloch, E. 2004: El principio esperanza I. Madrid, Trotta, p. 205.

<sup>27</sup> Ruiz Mantilla, J, 2011: Entrevista a Nicholas Stern. El País Semanal, nº 1810, 5-VI-2011, p. 35.

<sup>28</sup> Ortega y Gasset, J.1967 (1931): La rebelión de las masas. Barcelona, Círculo de Lectores, p. 73.

<sup>29</sup> Ortega y Gasset, J. 1981: El tema de nuestro tiempo. Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, p. 180.

<sup>30</sup> Véanse las respuestas a los entrevistados en la premiada película documental *Inside Job*, 2011, de Charles Ferguson. El Nobel en Economía Paul Krugman calificaba en El País del 9-VIII-2011, p. 16 de “descaro” el informe de la agencia de calificación Standard & Poor's que, “junto con otras agencias [...] desempeñó un papel importante en la causa de esa crisis”. La tardía reacción de los gobiernos instando la investigación sobre la falta de independencia de tales agencias, la tímida y solo provisional prohibición de las ventas al descubierto, o las reticencias ante la tasa Tobin, muestra las ataduras que merman la soberanía de los pueblos.

<sup>31</sup> Véase <http://www.rtve.es/noticias/20110104/productos-consumo-duran-cada-vez-menos/392498.shtml>

sondas o ha creado más índices para la detección del avance de lo que previamente Occidente ha categorizado como *problema*. Con todo, tan sofisticados sistemas de prevención no son inmunes a aquella propiedad que Lévi-Strauss veía como característica de todo sistema mental en el que quedan representados la naturaleza y los mitos: “Todos estos medios ambientes [...] se integran en un sistema ideológico formado según leyes mentales [...] Pero producida esta primera transformación a partir de la ecología, los constreñimientos de la mente imponen el cambio de las otras partes en busca de la coherencia [...] si es preciso que la representación de las relaciones del hombre con su medio ambiente sigan siendo consistentes. Lo que es preciso destacar aquí es que la consistencia se considera más importante que la relación con el mundo exterior. No es la imagen de la relación la que cambia sino la imagen del medio ambiente conservada en el mito. Dicho medio ambiente deviene imaginario, en lugar de ser reconocido como falso o inexistente, comparado con las circunstancias reales presentes”<sup>32</sup>. De ahí que pulsemos el conmutador de la luz o abramos el grifo como si la electricidad, el agua o la gasolina naciesen en ellos. Compramos ropa y complementos a bajo precio como si tras ellos no hubiesen manos infantiles o condiciones laborales inhumanas. Especulamos en Bolsa como si eso solo fuese una muestra de sagacidad económica, de dominio de los mecanismos del mercado, como si su incidencia solo dañase a quienes no son tan ágiles o inteligentes. Para ciertos consultores de inversiones en materias primas, la subida de precios de los alimentos básicos como consecuencia de la especulación en los mercados de futuros, no son más que “efectos colaterales no deseados del mercado”<sup>33</sup>. De ese modo “el mercado de materias primas no funciona [...] los actores financieros empujan los precios de las materias primas [...] se produce una distorsión masiva de los precios [...] El truco es que los especuladores nunca convierten los futuros en auténticas mercancías [...] y reinvierten el dinero fresco en nuevos futuros financieros. El sistema se convierte en un carrusel perpetuo [...] Según la FAO, solo el 2% de los contratos de futuros sobre materias primas acaban en un suministro real de las mercancías. El 98% restante se vende de antemano por especuladores”<sup>34</sup>. No parece sensato calificar esas conductas como *económicas* pues, en realidad, no son sino un juego imaginario con dramáticas consecuencias. Con esa prevalencia de lo imaginario se corresponde la observación de Stern de “una preocupante dejadez y falta de valentía [...] Si no aceleramos en lo que hay que hacer, se producirán grandes movimientos migratorios, y eso agudizará varios conflictos [...] Hablamos de cientos de millones de personas afectadas en lugares del planeta que se volverán inhabitables. España podría convertirse en otro desierto del Sáhara dentro de cien años [...] Bangladesh puede quedar sumergida; California, convertida en otro desierto. Son cambios que originarán un movimiento masivo [...] las migraciones [...] serán graves, dramáticas. Si no ponemos remedio, la generación que nace ahora lo empezará a sufrir [...] Ahora ha surgido una conciencia [...] es necesario romper la cadena actual basada en consumo, producción y emisiones. Si seguimos así [...] se detendrá nuestro desarrollo y nuestro crecimiento [...] seremos vencidos por el cambio climático [y] este traerá un empobrecimiento absoluto”<sup>35</sup>. De ahí que, para salvar esa barrera que nos aparta de la aspereza de una realidad que pretende detectar, el volumen de la queja haya de ser un clamor. Solo la voz de Chernóbil o de Fukushima, o las del 15-M en Madrid, New York, o en cualquiera de las 951 ciudades de 82 países a las que se ha extendido el movimiento, resultan audibles, aunque el silencio del hambre clame desde hace tiempo en el corazón de África.

### **Imágenes, valores y estilos culturales.**

Con todo, si leemos las palabras de Stern con los ojos de Ortega no podemos dejar de ver en ellas lo que el reto del futuro le invita ahora a seleccionar del pasado como arsenal para construir nuestra historia. Lo que se valora en esa selección es la *producción*, el *consumo*, *nuestro desarrollo* y

---

<sup>32</sup> Lévi-Strauss, C. 1972: Estructuralismo y ecología. Barcelona, Cuadernos Anagrama, pp. 26-29-30-36.

<sup>33</sup> Knaup, H. , Schiessl, M. & Seith, A. 2011: El hambre cotiza en bolsa. El País Domingo, 4-IX-2011, p. 8.

<sup>34</sup> Ibid. p. 9.

<sup>35</sup> Ruiz Mantilla, J, op. cit. pp. 35-36.



*crecimiento*, puestos en peligro no solo por ese mismo desarrollo, sino por la *dejadez y falta de valor* con que se ha mantenido su crecimiento, por la avaricia especulativa como un juego sin fin, esto es, por esa renuncia a la responsabilidad ante el alcance real de sus efectos en la circunstancia de nuestra época. La espesa red de nuestra circunstancia no solo se teje con la fuerza de la coherencia que le otorgan las imágenes mitológicas de nuestra inconfesa *creencia* occidental, también crece su fuerza por su ilimitada extensión. El crecimiento de la población es, sin duda, un factor clave por su novedad, un factor hecho posible por el desarrollo tecnológico. No se trata, por tanto, de problemas que deriven directamente del cambio climático, sino del encuentro entre el crecimiento global y la dependencia tecnológica del propio estilo de vida occidental. “La política es nacional y está nacionalmente organizada, pero los problemas no son nacionales [...] ese es el mayor problema político en estos momentos –afirma Ulrich Beck– cómo reinventar el sistema político en el nivel transnacional”<sup>36</sup>. Las modernas inundaciones y desastres naturales amenazan a una población más amplia y más ligada por la infinidad de redes tecnológicas que encadenan en cascada sus efectos. Mas nadie se responsabiliza de un mercado forzado a ser anónimo para crecer a tamaño ilimitado como un mero mecanismo. Es esta, la del *mecanismo*, la otra poderosa imagen que rige en nuestro imaginario colectivo, valorada con el prestigio de la racionalidad y de la ciencia.

Así no es fácil identificar el problema, sobre todo cuando los expertos elegidos por la propia sociedad para desvelarlo (contratados en el mercado o votados en la política) sobrevuelan con sus alas de mariposa el áspero suelo de la realidad, o se deslizan sobre moquetas rodeados de asesores y secretarios que filtran la información. Ya veía Ortega en el especialista “el prototipo del hombre-masa”<sup>37</sup>, “hermético y satisfecho dentro de su limitación”<sup>38</sup>, marcado por “esa condición de 'no escuchar' [...] que [...] llega al colmo precisamente en estos hombres parcialmente cualificados. Ellos simbolizan [...] el imperio actual de las masas, y su barbarie es la causa más inmediata de la desmoralización europea”<sup>39</sup>. Pero se trata de una forma peculiar de *no escuchar*. Ortega ya reconoció, mucho antes de la existencia de Internet, la cualidad de “gigantesco hecho” que tenían “los nuevos medios de comunicación [...] que] han aproximado los pueblos y unificado la vida en el planeta”<sup>40</sup>. Sin duda logramos una gran cantidad de información, pero –como ya se daba cuenta Ortega– “esa información tan copiosa se compone de datos externos, sin fina perspectiva, entre los cuales se escapa lo más auténticamente real de la realidad”<sup>41</sup>. Para contrarrestar, pues, esa sorda y acolchada distancia entre lo real y su percepción, apunta Stern que “la macroeconomía hay que vivirla en el terreno”<sup>42</sup>, de lo contrario no se percibe el olor acre y dulzón de la pobreza, no se sienten la impotencia y la debilidad como barrotes de la cárcel que cierra la imaginación de los pobres, escasamente alimentada con monótonas experiencias. Si “una cierta desigualdad de rendimientos en la parte alta de la distribución de la renta, que refleje la capacidad de los potenciales inversores de apropiarse de la rentabilidad de sus proyectos de innovación, puede ser positiva para el crecimiento”<sup>43</sup>, en el caso de la pobreza, por el contrario, su sufrida desigualdad desincentiva el esfuerzo. No ha medido bien la ciencia las veces que el esfuerzo de los más pobres ha sido reiteradamente vivido por ellos como inútil ante la atroz distancia que les separa de quienes nacieron sin sus dificultades. La producción de esa vivencia –tan contraria al valor que el futuro necesita– no depende solamente de su repetida frustración, sino también del ambiente e imaginario compartidos con sus iguales que objetivan como más racional ahorrar sus

---

<sup>36</sup> Ridaio, J.M. 2011: Miradas desde el exterior /2. El País, 6-XI-2011, p. 20.

<sup>37</sup> Ortega y Gasset, J.1967 (1931): La rebelión de las masas. Barcelona, Círculo de Lectores, p. 133.

<sup>38</sup> Ibid. p. 136.

<sup>39</sup> Ibid. pp. 136-137.

<sup>40</sup> Ibid. p. 242.

<sup>41</sup> Ibid. p. 248.

<sup>42</sup> Ruiz Mantilla, J, op. cit. pp. 35-36.

<sup>43</sup> Novales Cinca, A. op. cit. p. 8.

escasas energías personales. De ese modo invierten su esfuerzo repitiendo lo que su tradición les ha probado como acción eficaz que sigue estando en sus manos. ¿Cómo, dada esa experiencia, van a comprender los valores del *esfuerzo* y la *innovación*?

Todo valor cultural se funda en experiencias colectivas de la bondad de aquello que la figura concreta del valor condensa y significa, es decir que para poder observar en activo los valores del *esfuerzo* y la *innovación*, éstos han tenido que ser recompensados, los actores han debido conocer por experiencia propia resultados positivos de sus empeños, de lo contrario tampoco nacen los valores de la *esperanza* o de la *confianza* que alientan el esfuerzo y promueven la innovación. Por eso es racional el valor de la solidaridad y no meramente sentimental, para generar las condiciones de producción y brindar las oportunidades de acceso a las experiencias de las que carecen los más desfavorecidos, pues sin ellas nunca podrán percibir la realidad social de la época. De hecho, “la solidaridad crea confianza, la cual, a su vez, da fundamento a la libertad individual. La libertad crece a partir de los sentimientos de seguridad, del sentido de pertenencia, y de la experiencia de estima y respeto [...] La solidaridad expresa nuestra interdependencia. En un mundo globalizado la solidaridad no tiene fronteras”<sup>44</sup>.

Sin embargo, según confirman los datos cualitativos del trabajo de campo de 2008 y 2009, la *desconfianza* crece incluso entre los jóvenes bien preparados. Datos similares presenta el *Pulso de España 2010* de la Fundación Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, al señalar cómo, entre los 18 y 34 años, el 70% de los españoles desconfía de los demás<sup>45</sup>. En el caso español, por tanto, la cadena experiencial entre todas esas figuras de valor parece progresivamente más frágil o se rompe. De esos mismos valores depende la idea empresarial, en declive en España, según el informe GEM, en los últimos diez años. Arriesgarse por un trabajo vocacional o más estimulante puede ser algo más inseguro, pero la inseguridad no es desconfianza. A los emprendedores “los he visto caerse y levantarse levantarse”<sup>46</sup>. Como varios de ellos reconocen, han tenido una experiencia personal que recompensa el esfuerzo, y lo expresan con distintas palabras: “Tuve un gran apoyo de mi entorno [...] No se puede hacer esto sin una persona a tu lado [...] Es muy gratificante crear empleo para ti y para los demás”<sup>47</sup>. Expresiones que confirman la necesidad de una experiencia positiva como sanción del valor del *esfuerzo*. La experiencia acumulada por el entrenamiento y el aprendizaje de las clases, que hoy han llegado a ser medias, deposita en el silencio de su memoria colectiva el resultado de una larga historia de escasez y dificultades repetidas y desalentadoras que la crisis actual recuerda y refuerza.

Claro está que, entre la extrema pobreza y el triunfo de expertos y profesionales, hay una amplia gradación que incluye a los hijos de la abundancia. Se trata “de una generación que creció sintiendo que podíamos lograr lo que quisiéramos. Y eso no es malo”<sup>48</sup>. En España, según el informe de la Fundación Cotec<sup>49</sup>, tampoco en estos casos el *esfuerzo* y la *innovación* se cumplen en la medida necesaria. A juzgar por nuestra observación, lo que la experiencia brinda con frecuencia a ese sector de la juventud es, más bien, la facilidad para alcanzar casi cualquier cosa de un modo inmediato. No hay dilación ni esfuerzo al no sentir la necesidad de superar límites que no perciben en las reglas del juego social, en el horario, en la asignación para gastos o, incluso, en el riesgo físico y económico. Como reconocía Elvira Navarro, una de las mejores narradoras jóvenes, “lo de la juventud mejor preparada se toma solo desde

---

<sup>44</sup> Cruddas, J. & Nahles, A.: Building the Good Society. The project of the democratic left. [www.compassonline.org.uk](http://www.compassonline.org.uk). p. 7.

<sup>45</sup> Toharia, J.J. 2011: Pulso de España 2010. Un informe sociológico. Madrid, Biblioteca Nueva.

<sup>46</sup> Señala I. Benjumea en Collera, V. 2011: Emprendedores. Precisamente ahora, con la crisis. El País Semanal, 28-VIII-2011, p. 35.

<sup>47</sup> Ibid. pp. 32-35.

<sup>48</sup> Ayuso, R. 2011: Justin Timberlake, ¡silencio, se rueda!. El País Semanal, 18-IX-2011, p. 15.

<sup>49</sup> Fundación Cotec para la Innovación Tecnológica, 2010: La cultura de la innovación de los jóvenes españoles en el marco europeo. Víctor Pérez Díaz y Juan Carlos Rodríguez. Madrid.

el punto de vista intelectual –carreras, másteres–, pero muchos de nosotros somos un desastre desde el punto de vista práctico. No nos hemos tenido que ganar la vida desde... bueno, nunca. La mayoría tiene el colchón de sus padres, aunque sea un colchón precario. Además, emocionalmente esta sociedad es bastante infantil [...] somos muy reacios a responsabilizarnos, a comprometernos e incluso a arriesgarnos. Lo hemos tenido muy cómodo y [...] no vayamos a perder algo. Ser los mejor preparados no es suficiente [...] falta una toma de conciencia de lo que cada uno puede hacer”<sup>50</sup>. Toda la moderna Antropología de la Educación<sup>51</sup> afirma unánimemente la necesidad de una educación en valores tan alejada del autoritarismo como de la permisividad. Abundancia y pobreza, aun con razones y experiencias opuestas, coinciden como extremos del trazo con el que la conducta colectiva emborriona viejos valores para dibujar los de esta época.

Por el contrario, el estilizado mundo adulto de profesionalidad y eficacia –premiada con *bonus* e incentivos– anclado en un éxito incólume ante el fracaso que provoca al otro lado de la cuenta de resultados, salvaguarda esa *fe* que no se reconoce como tal. Al mirarse unos actores en el espejo de los otros con quienes compiten, la imagen normativa del buen profesional, del líder político o del intelectual, refuerza dicha fe y les confirma la bondad del mundo que cierra su conducta. Encarado su espejo frente al espejo público de los medios de comunicación, la imagen se repite infinitamente como una realidad sancionada e incuestionable. Lo vemos en el continuado crédito que la prensa sigue otorgando a agencias de calificación cuyos interesados errores han hecho posible la crisis financiera internacional. También en la falta de escucha y atención de los líderes europeos a los consejos de premiados economistas como P. Krugman<sup>52</sup> sobre la creación de dinero europeo, sobre una más ágil y flexible política común. Se trata de un mundo cuyo estilo parece necesario para gestionar los recursos y prevenir los problemas. Sin embargo, han creado medios de detección *deshumanizados* –en sentido orteguiano– basados en indicadores tan analíticamente recortados, descontextualizados por su búsqueda de rigurosa univocidad científica que, al anestesiar el cálido y doloroso contacto con una realidad distinta de la propia, no hacen sino echar a perder precisamente el valor experiencial de la realidad: los *qualia* específicos que solo entrega la experiencia de la vida al ser vivida con todos sus imponderables. Solo entonces nos rinde sus viejas, complejas y sabias lecciones, pues solo nace ese saber en la vivencia de hombres reales bajo el modo cualitativo de la síntesis, en concretas circunstancias históricas, y no dato a dato, analíticamente, sumando o cruzando items de información como en un retrato tan abstracto como cubista. No debiéramos confundir lo cuantitativo con lo contable. La cualidad que apreciamos solo se detecta tras una incontable cantidad de observaciones. No es que el olor de la pobreza resulte ser un indicador cualitativo mejor que los índices cuantitativos de la estadística. Ese olor opera como un símbolo cuyo denso significado solo se logra comprender tras una gran cantidad de observaciones conectadas en contexto. Quizá deberíamos revisar la contraposición entre ambos tipos de análisis, pues buena parte del valor cognitivo otorgado a los indicadores estadísticos tiene una base cualitativa que proviene de la carga de prestigio que se asocia a la ciencia, de la magia del cálculo y de la oficialidad y el poder de los contextos en los que son usados para sostener el conocimiento, a pesar de fallar en ocasiones decisivas, o de acertar con precisión innecesaria ante lo obvio y evidente. Algunos expertos defienden su modo de analizar los mercados diciendo que “aplicamos una metodología escrita, no actuamos por capricho, [...] a pesar de que] algunas entidades financieras les acusan de no haber pisado sus sedes en un año y que, pese a ello, les modifican la calificación[...]La operativa es rutinaria”<sup>53</sup>. Son esas rutinas las que acostumbran a los usuarios de los índices a trabajar con ellos como si trabajasen con la realidad. A ella se acercan solo mediante la distancia detectora de los indicadores, y si bien siempre es prudente conservar una distancia ante los

---

<sup>50</sup> Rodríguez Marcos, J. 2011: Entrevista a Elvira Navarro. El País Semanal, 21-VIII- 2011, p. 25.

<sup>51</sup> Véase, entre otros, Lisón Tolosana, C. (ed.) 2005: Antropología: Horizontes Educativos. Universidad de Granada- Universitat de València, y Pérez Alonso-Geta, P.M. 2007: El brillante aprendiz. Antropología de la educación. Barcelona, Ariel.

<sup>52</sup> Véase Krugman, P. 2011: El agujero en el cubo de Europa, El País, 25-X-2011, pp. 20-21.

<sup>53</sup> Noceda, M.A. 2012: No actuamos por capricho. El País, 15-I-2012, pp. 24-25.

problemas para verlos con frialdad y percibir bien su forma, esa misma distancia dificulta la detección de la densidad real del problema, y al obviar la inmersión en sus *qualia* no despierta en el observador la totalidad y simultaneidad de las conexiones.

No se trata de atribuir a unos pocos expertos y empresas la causa de la crisis, sino de recordar la gran difusión y fuerza de la creencia en un modo de entender el conocimiento de la realidad que comparten unos y otros actores y que lleva a confundir el índice, o la cadena de índices, para medir una realidad con la realidad, mucho más viva y compleja, que se pretende medir. Se comete el mismo error que al confundir el mapa con el territorio, y el error tiene más consecuencias que en el espacio, ya que cualquier territorio es más estable que la historia y la sociedad. Hay, sin duda, un amplio espacio para crear otro tipo de índices cuantitativos con los que cabría medir los efectos humanos y sociales de las decisiones económicas y políticas, tanto de los dirigentes como del conjunto de los ciudadanos anónimos que *votan* cada día con sus elecciones de consumo. ¿Cuántas personas mueren con cada acción que retrasa el control de emisiones de CO2 por abaratar el coste de nuestros productos industriales? ¿cuál es el diferencial en la creación de puestos de trabajo entre esas industrias y los servicios de control en unos países frente a otros? ¿cuánto paro y hambre cuesta cada acción destinada a mejorar el déficit público? ¿cuánto dolor cuestan las listas de espera en la sanidad? Y ¿cuánto estrés la carencia de guarderías y ayudas familiares? ¿en qué medida ese estrés perjudica la educación de los hijos? ¿Es realmente eficaz el gasto público en protocolo? ¿No hay otra forma de mejorar la productividad que bajando costes salariales? ¿no es eso confundir una operación contable, sobre el papel y el balance, con aquella propiedad del sistema productivo que se busca mejorar y que, quizá, se alcanzase al idear otro producto, otra organización productiva y empresarial? Si mejorase la eficiencia de la organización, la capacidad del producto de cubrir una necesidad real y efectivamente sentida, si ahorrásemos tiempo al producir bienes y servicios en las empresas ¿no mejoraría como un corolario de todo ello la productividad? ¿o es que cabe esperar que por el simple despido de trabajadores o por la rebaja salarial va a mejorar la eficiencia de todo el sistema de un modo automático? ¿qué debiera ser primero en el tiempo de las decisiones: mejorar el sistema y si sobran trabajadores despedirlos o, por el contrario, despedirlos para que mejore la productividad?.

No es fácil salir del propio mundo porque no reconocemos ese sutil límite hecho de costumbre que delimita la propia esfera. La recíproca incompreensión no es fruto solamente de intereses contrapuestos, pues esa misma contraposición los pone –al menos– en contacto, en pugna por algo comúnmente deseado. Más bien, minusvaloramos en exceso la disparidad de estilos que cierran cada mundo en su propia coherencia con la fuerza de una microcultura, pues en ella queda atada la experiencia por un estrecho horizonte de interacciones sociales muy concretas, limitadas y repetitivas en su propio ambiente. También la costosa exclusividad de los clubs privados favorece ese tipo de cierre, a pesar de buscar “innovar y compartir ideas”<sup>54</sup>. Desde el club Core, en Manhattan, cuyos “socios son empresarios, arquitectos, ganadores de un Oscar o del premio Pulitzer. Gente que transforma el mundo”<sup>55</sup>, hasta el Bohemian Club o The Groucho Club, encontramos ejemplos de instituciones que ayudan a crear mundos cuya confortabilidad nubla la visión de los efectos de sus negocios en los otros mundos. También en la vida pública actual, según Paolo Flores d'Arcais, la profesionalización de la política favorece el mismo fenómeno en el que “el interés prioritario [...] es la propia carrera, no la tarea de representar a los ciudadanos [...] Se trata de máquinas que funcionan por cooptación, lo que lleva a seleccionar a los mediocres [...] máquinas autorreferenciales para producir carreras políticas”<sup>56</sup>.

---

<sup>54</sup> Sastre, N. 2011: El club de los elegidos. S.Moda, El País, 8-X-2011, nº 3, p. 17.

<sup>55</sup> Ibid.

<sup>56</sup> Ridaio, J.M. 2011: Miradas desde el exterior. El País, 1-XI-2011, pp. 16-17.

Otro factor favorecedor del fenómeno es, sin duda, la enorme presión sentida en los centros de decisión, tanto por la cortedad del plazo para decidir, como por la trascendencia del problema a resolver. La brevedad del tiempo y la proximidad del propio círculo social contribuyen a no ver la alteridad y heterogeneidad de la realidad de quienes van a sufrir los efectos de sus decisiones. Sin embargo ese tipo de cierre afecta a todo estilo vital. No es insalvable, desde luego, pero no cabe abrirlo solo desde dentro, preguntando a los *otros* las cuestiones que *nos* interesan, las que nacen de nuestros modelos, alargando nuestra búsqueda con sondas e índices detectores. Hemos, pues, de escuchar ese clamor que nos resulta ruidoso y dejar que nos cuestione su molesta ininteligibilidad hasta la raíz, hasta donde irrita nuestra inconfesada fe en nuestros presupuestos para que así se rompa –como diría Needham– la tranquilidad de nuestros axiomas. Solo entonces los detectaremos y, reducidos al origen, podremos ser creativos. Nunca la innovación ha consistido en *más de lo mismo*, sino en lo radicalmente otro, en lo no pensado. Son los expulsados del paradigma quienes podrán idear una investigación extraordinaria. Por eso no siempre son los expertos, sino los hijos y nietos quienes, indignados, rebotan al golpearse contra un porvenir invisible. Su caída en la realidad les desvela la verdad del suelo humano, la hiriente superficie de todo límite dador de forma y visibilidad. Fue la abundancia en tiempos paternos la que alentó la imagen de que *todo era posible* y dibujó en los sueños un presente tan ilimitado como la moqueta de los grandes despachos, como una pasarela de moda interminable, como una dorada playa hacia un cálido horizonte en plena juventud y de cuya espuma siempre nace Venus. El golpe contra un porvenir que no viene rompe el sueño de los hijos de la abundancia. Ícaro ha caído desplumado y ayudado por Hermes y su nueva red de comunicaciones tendrá ahora que dominar nuevas fuentes de energía limpia y renovable si quiere alumbrar una nueva abundancia. La ciencia ya lo sabe. Ahora solo hay que hacerlo, y ese cambio de voluntades y acciones –que cobrará su precio en coste humano, generacional– cambiará el estilo de vida, la sociedad y la cultura de un modo cuya concreción nos es forzosamente desconocida.

### **Sin límites.**

Y sin embargo deseamos conocerla, nos sigue pareciendo conveniente ver en la imaginación ese futuro, proyectar hacia un mañana impreciso lo que ya se está gestando, a pesar de que seguimos desconociendo los efectos de sus conexiones, las respuestas creativas y las reacciones temerosas de los jóvenes que sumarán su acción en una historia que no saben que ya están haciendo. Con ellos hemos conversado largamente en los últimos años y hemos observado sus trayectorias profesionales (o en busca del trabajo que no encuentran), artísticas, familiares o de pareja y sus cambios, con la intención de inferir del material etnográfico reunido las figuras de valor e imágenes culturales que, en el seno del contexto de la crisis a la que hemos aludido, les impulsan y alientan su acción. De esas imágenes y figuras cabe destacar tres, al menos. En primer lugar, nuevas imágenes de la libertad como un valor culturalmente *ilimitado*, cuyo tope queda remitido a lo que la naturalidad de cada situación plantea como posible; una libertad que, dando por supuesta la capacidad de elección, adopta la figura *aditiva* más que la *disyuntiva*, esto es, una estimación de lo que la libertad permite sumar al ir *cogiendo*, como si al elegir no *es-cogieran* disyuntivamente entre alternativas, como si en su imaginario siempre cupiera una eterna segunda posibilidad que les liberase del peso de la responsabilidad ante las alternativas desechadas, como si la historia no fuese irreversible, esto es, como si ésta careciese de dirección y sentido, como si ya se hubiese dominado el tiempo. Se trata de figuras del valor cuya relevancia y significación ha crecido lentamente en el peculiar marco de un imaginario cultural en el que la abundancia económica, que todavía domina como fondo de la crisis en las sociedades desarrolladas, ha exaltado la velocidad, el dinamismo y la plenitud vital de la juventud en todos los órdenes, desde el deporte al éxito comercial, el rendimiento económico, la instantaneidad de las comunicaciones, la aerodinamicidad de todos los diseños industriales y, por supuesto, en el amplio campo de la sensualidad. En esa dirección se está desarrollando la nueva etapa de nuestra historia sin fin.

Si desde los primeros imperios hasta nuestros días, el dominio del territorio y sus recursos parecía una ambición clave en la explicación de la historia, ahora se nos desvela que el espacio era solo el numerador, un medio para el dominio del denominador, del tiempo que rige la velocidad. Todo en nuestra época, desde la medicina y la estética, la carrera espacial y las nuevas comunicaciones, apuntan hacia el dominio del tiempo. No es que el tiempo haya sido oro en el imaginario, sino que somos tiempo y, descreídos del futuro que no vemos, ni en ésta ni en la otra vida, hemos transitado en el continuo espacio-tiempo hacia su extremo, hasta identificar vida y tiempo en un ahora que acabe negando lo que, desde San Agustín y Heidegger, tanto ha preocupado a los filósofos. Tan gran cambio tiene un lado bueno y verdadero –aquel que cambia velocidad por lentitud, fecha por duración, control del tiempo por su salida en la contemplación– y otras versiones que malentienden el nuevo empeño moderno, que confunden vencer al tiempo con la prisa, o que lo anulan al negarlo negando toda diferencia, toda planificación, toda memoria, como si el instante impaciente de la inmediatez, del ya, trivializase la dimensión histórica de nuestra condición.

En segundo lugar, esa valoración de lo posible tiende a empujar hacia su extremo natural todo límite y, si bien resulta positivo intentarlo en el campo de la ciencia, de la biología y la medicina –o, en general, de toda investigación que emprende el hombre desde su ceguera tentando la realidad para percibir la forma de las cosas– cuando solo es un ambiente sostenido por el imaginario cultural tiene otras consecuencias que ya vislumbró Nietzsche al encarar el creciente fenómeno del Nihilismo. No es lo mismo empujar el límite de nuestra ignorancia para mejorar el conocimiento de la naturaleza, que afirmar que cualquier acción, por el mero hecho de ser posible, vale lo mismo que cualquier otra o más si rinde beneficios. La aplicación de este principio a la economía se ha traducido en una ambición que ha provocado la crisis. No es la única imagen que a ella ha contribuido pero, sin duda, es una de las causas. Es más, velocidad e ilimitación como conductores de lo posible desembocan en otra realidad ampliamente constatada: la multiplicación de las partes en las que se divide la identidad del sujeto moderno. Esta diversificación del *sí mismo* no es algo propio solo del cubismo de principios del siglo XX, sino del presente. Lo expresa bien la cantante Tori Amos: “he explorado múltiples caras de mi personalidad [...] pero no sabría dar una imagen concluyente de mí misma”<sup>57</sup>. De hecho, toda la creciente especificación de las partes que constituyen cada entidad reconocida en nuestra cultura como existente, desde la Física y la Nanociencia hasta los más sutiles detalles de la moda y la decoración, o los componentes y acciones sociales de cada acto y proceso, no hacen sino subrayar la divisibilidad de todo como estrategia de dominio y eficacia que tipifica el estilo de nuestra inconfesa visión del mundo y de la vida. Analizamos, descomponemos y realizamos con la mayor perfección posible cada minúscula parte de cualquier unidad material o procesual. Intentamos homologar procedimientos y componentes desde sus más pequeño tamaño. Inmersos en ese estilo cognitivo que tanto valoramos, la quiebra del sujeto no es sino un efecto, un caso particular, de esa amplia corriente de fondo que cualifica nuestra cultura. Es más, al estar la población tan conectada a la Red, se ha producido algo similar a un incremento demográfico con efectos en el trato, algo que también previó Ortega<sup>58</sup>. La gran densidad demográfica de Japón sugiere comparar la elusión del sujeto en la interacción con los posibles efectos del incremento de densidad interactiva en la Red. La salida, con todo, no es la misma, y queda matizada en un mundo globalizado. Ahora el sujeto se exhibe en la Red mucho más amplia e íntimamente. Sin embargo, lo hace presentándose bajo alias, anónimamente, o separando partes o facetas de sí mismo, lo cual es otra forma de eludir la unidad del sujeto. Desde su experiencia musical sentía Glenn Gould que “la tecnología tiene capacidad para crear un clima de anonimato”<sup>59</sup>. Desde esas estrategias, el sujeto amplía su red social de pertenencia a costa de presentar en cada caso una faceta de sí mismo. Con ello, más cosas son, sin duda, posibles, pero tan extensa red no soportaría el peso en cada contacto de la identidad entera de la persona verdadera, pues cada acción sería demasiado lenta.

---

<sup>57</sup> Bas, B. 2011: Tori Amos, una pecadora al piano. El País Semanal, nº 1827, 2-X-2011, p. 16.

<sup>58</sup> Véase Ortega y Gasset, J.1967 (1931): La rebelión de las masas. Barcelona, Círculo de Lectores, p. 244.

<sup>59</sup> DeLillo, D. 2007: Contrapunto. Barcelona, Seix Barral, p. 26.

Nuestra cultura, en este campo, parece estar prefiriendo la velocidad y la multiplicación de una gran diversidad de relaciones, a la lentitud y densidad de una interacción que involucre por entero al sujeto que cada cual es en el fondo de su silencio. El perímetro de la persona resulta ser así un límite que se quiebra por el peso de *lo que* debiera contener, del *quién* que, en realidad, al romperse ya no alberga. La ligereza de la identidad lograda en cada faceta, en la pequeña parte de sí mismo depositada en cada interacción, permite esa tan moderna velocidad, pero es al precio de la ingravidez de la persona y de la inanidad semántica de la vida social. Crece, según confirman los terapeutas, la pérdida de la propia conciencia de sí mismo como referente de la acción y su sentido. Al final de tanta división y faceta, de tan plural identidad, desaparece tras la bruma borrosa de la velocidad el *quién* del sujeto.

En tercer lugar, ante tanta posibilidad abierta a un sujeto tan conectado como dividido a la velocidad del instante, lo que cunde –como veíamos– es la *desconfianza* y una estúpida búsqueda de criterios y requisitos formales que, desde su naturaleza de sucedáneos, calmen como un placebo la necesidad insatisfecha de reconocer la calidad de la realidad, el rostro del problema, la unidad de la figura de un tipo de experiencia cotidiana que solo es una sucesión de eventos sufridos con origen y destino desconocidos, y cuya yuxtaposición no se agrega en una suma que dé como resultado una imagen reconocible y con un sentido satisfactorio. La *insatisfacción* –no la autorizada voz de la necesidad– es otra expresión actual del moderno nihilismo. Tanto al instalado *hombre-masa*, como a este tipo de sujeto, moderno en medio de la crisis, formado y sin empleo, se les va el tiempo en papeleo y burocracia, mientras constatan en la veloz Internet la persistente ineficacia de tanto progreso, el mero estrés de la rapidez, y cuán compartida es su condición con sus iguales; una experiencia, distinta de la pobreza, pero que redundante en la vivencia de la frustrante ambigüedad del valor del *esfuerzo* cuyos resultados, en vez de reforzar la autonomía del sujeto, parecen depender de la anónima alteridad del *mecanismo* burocrático.

“Según el informe *Doing Business 2011*, del Banco Mundial, aquí necesitamos una media de 47 días y 10 trámites para abrir un negocio. En los otros países de la OCDE, 13'6 días y 10 trámites bastan”<sup>60</sup>. La diferencia radica, pues, en el tiempo, en la velocidad, en la productividad, esto es, en una de las claves de la modernidad, y ello por la falta de calidad en la realización del mismo número de trámites. No sucede solo en los negocios, también ocurre en la administración pública, en la educación universitaria y los controles redundantes de la tramitación, por ejemplo, de una tesis doctoral, o en la duplicidad y fragmentación de tantas competencias autonómicas. No es, pues, la economía el único campo de experiencia en el que cabe observar efectos de hábitos y carencias mucho más básicos –y por ello ampliamente extendidos– que nunca se han mejorado como convendría: amor por el trabajo bien hecho, rigor, precisión, autocrítica y control, orden racional, planificación, comprobación, compromiso, veracidad, responsabilidad, ánimo a la libertad y estímulo a la participación, solidaridad e iniciativa. Ni en el campo de la economía, ni en el de la política, ni en las relaciones interpersonales, encuentran los jóvenes razones ni experiencias que nutran su *confianza*. Por eso cuando miran al futuro no ven un porvenir. No hallan otra fuerza que la que nace solidariamente al unir su indignación a su flaqueza. La *desconfianza* es, por supuesto, una honda dificultad en depositar la energía de la persona en aquello en lo que se cree por el bien que en eso mismo se percibe. Nada despierta la entrega amorosa de la voluntad porque no se percibe, ni en las personas, ni en sus propuestas, el bien de la verdad que justifique una esperanza. Su experiencia, a pesar de la publicidad y las declaraciones, les confirma lo contrario.

Fe, esperanza y caridad han sido destacadas como virtudes por las religiones por ser originalmente fuerzas antropológicas, esto es, dimensiones sin las cuales no resulta humana la vida de los hombres. Tampoco el capitalismo logra funcionar sin ellas y sin la verdad necesaria. Así nos lo ha enseñado de nuevo la crisis forzada por el nihilismo de la especulación financiera. No es difícil observar en el presente como sigue sin nacer la deseada *confianza* a pesar de la sucesiva suma de

---

<sup>60</sup> Collera, V. 2011: Emprendedores. Precisamente ahora, con la crisis. El País Semanal, 28-VIII-2011, p. 36.

medidas nacionales, europeas e internacionales de austeridad pública. Hasta que el mercado no perciba crecimiento del empleo no cesará su mecánica avaricia. El olvido de la economía real y de las lecciones keynesianas resulta revelador de las imágenes que nublan la memoria de expertos y dirigentes públicos. La cesión de soberanía a los mercados supone una grave inversión de valores, una renuncia irresponsable a sujetar la historia con las manos, a moldear la figuración del futuro. En su lugar, la sociedad se inclina ante el ídolo. De ese modo entregamos el poder a los grandes del mundo, cuyos nombres eludimos tras una imagen mecánica y anónima de los mercados. No es que deseen dañar al resto del mundo. Creen obrar según los más precisos criterios de la racionalidad económica que alcanzan la cumbre de su escala de valores. No son más de quinientas fortunas frente a la inmensa población de ciudadanos con voto, frente a ese 99'9 % del que habla Paul Krugman, con otra escala de valores y otras necesidades. Es cierto que algunos piden la subida de sus impuestos, pero todavía son minoría y no surgen propuestas a favor de ilegalizar la especulación, de que se anulen globalmente los paraísos fiscales y la ficción de las SICAV. Como señala el profesor de economía Eric McCormack ante el actual nihilismo, “estamos viviendo un tira y afloja para ver con cuánto es capaz de conformarse la gente, hasta qué punto acepta una reducción de su nivel de vida para que las élites puedan mantener el suyo”<sup>61</sup>. Vemos ese “tira y afloja”, por ejemplo, en la concepción de la educación pública como *gasto* o como *inversión*, sobre todo cuando la calificación de *gasto* la formulan quienes no necesitan usar la educación pública. En el seno del 0'1% que constituye la élite Krugman ve pocos innovadores, “la mayoría de ellos son mandamases de empresas y embaucadores financieros [...] la crisis económica ha demostrado que gran parte del valor aparente creado por las finanzas modernas era un espejismo”<sup>62</sup>.

Hace tiempo que la Antropología constató cómo ante las crisis todo grupo humano vuelve a la solidaridad de sus unidades más básicas. En el caso de las sociedades que comparten el barco de nuestro tiempo y, sin duda, en el caso de España, la *familia* y los *iguales* están siendo el sostén en medio de tanta zozobra. Como reconocen quienes integran la generación nacida a finales de los años setenta, más que la profesión, quienes les dan la seguridad de la identidad son “*mis amigos y mi familia*”. Lo nuevo en esta mirada del presente al futuro es la diversidad de formas familiares, la reducción de su tamaño y la ampliación, no obstante, de unos *iguales* igualmente diversificados. Junto a la tradicional amistad del grupo o cuadrilla de amigos –que hoy arrebatara funciones que antes correspondían a la familia– surge una masa de iguales por la multiplicada pertenencia voluntaria, asociativa, profesional, ideológica, vecinal, lúdica, deportiva, política o religiosa, cuya interacción, aún a distancia y anónima, resulta intensificada por la conexión a los móviles y a internet. También aquí la mera red o la ligereza de la interacción, su permeabilidad, la facilidad en su entrada y salida, contrasta con la durabilidad de las cuadrillas tradicionales, pero no resta fuerza al estilo de vida que les cohesionan en cada acción puntual. No parece que estos procesos, ya se trate de movimientos similares al 15-M, de profesionales de la política o la economía o de simples consumidores, vaya a decaer según sugiere la irrupción de “Podemos” en las elecciones europeas de mayo-2014. Cada vez más, aun contando con la fluidez del asociacionismo o de una eficaz coincidencia en el estilo de vida, los *iguales* conectados acaban operando como grupos de interés capaces de boicotear un producto en el mercado, congregan masas en torno a un ideal o de crear no solo opinión pública, sino un ambiente en el que se seleccionan y sostienen imágenes con un poder mayor que el de la publicidad tradicional, porque nacen de la fuerza que escapó de la fe perdida en la desconfianza de todo cuanto era explícito y correcto en su asfixiante circunstancia. La que a ciegas se está creando es ya una circunstancia diferente en la que la acción colectiva busca, en tan rápido instrumento, un vehículo eficaz para legitimar una mayor participación que recupere las riendas cedidas al mercado. El valor de la *solidaridad* ha ampliado el tamaño de las unidades sociales en las que se basa.

---

<sup>61</sup> Basterra, F. G. 2011: ¿Has sido feliz?. El País, 3-IX-2011, p. 8.

<sup>62</sup> Krugman, P. 2011: Somos el 99'9%. El País, Domingo, 11-XII-2011, p. 5.



No ha desaparecido la amistad, ni la familia, ni la pertenencia a un paisaje, a una gente, a una lengua. Pero tampoco se ha vencido a la pobreza, la ignorancia, la enfermedad... Se han paliado muchas cosas y el salto que la tecnología ha permitido resulta inimaginable para quienes nos precedieron. Ocurre que la abundancia y las comunicaciones han introducido muchas más opciones y diversidad, mayores diferencias que exigen nuevas capacidades y habilidades. Cualquier decisión solo podrá ser acertada si surge tras comparar una gama mucho más amplia y diversa de alternativas, y eso exige poder apreciar el valor de pequeñas y múltiples diferencias cualitativas entre las cosas, las situaciones y las personas. La informática, la nueva tecnología y el uso de la Red y los móviles son, sin duda, una gran ayuda por la amplitud, velocidad y variedad de fuentes de información que exige el desarrollo de otras habilidades y formas de trabajo. Según lo exponen los inversores en Silicon Valley, “la tecnología que realmente funciona es la que consigue imitar la realidad [...] Se toman datos, se analiza la historia, se organiza, se procesa y nos la devuelven de forma más eficiente y a mucha más velocidad”<sup>63</sup>. No faltan críticos que ven como “las noticias vuelan más deprisa que nunca y [sin embargo] cada vez tenemos menos tiempo para detenernos a meditar acerca de ellas”<sup>64</sup>. Caemos en “los riesgos de la trivialidad [...] del picoteo [...] Hay demasiada prisa [...] Ha aparecido una patología que podría denominarse algo así como síndrome de Diógenes 2.0 y que consiste en la acumulación excesiva y compulsiva de contenidos y descargas [pues] importa más elegir y estar al tanto de lo que sucede que tener una opinión sobre ello, lo cual en muchos casos nos vuelve a la vez insustanciales e insaciables [...] Los estímulos e impresiones han reemplazado a la reflexión y el análisis”<sup>65</sup>.

También Vargas Llosa o N. Carr, ven en ello un riesgo para lograr una lectura de calidad, cuya profundidad resulte natural al nuevo lector desacostumbrado al esfuerzo de la concentración, como si ahora fuese incapaz de atender a la respuesta del pensamiento, pues ni éste nace como propio, ni puede ser crítico al desconocer el diálogo reposado con los autores. Según B. Azagra, “el interés por los textos escritos y la capacidad de comprensión están empeorando [... También] la capacidad de imaginación está disminuyendo, porque las nuevas tecnologías lo dan todo hecho. Más que inventar, lo que ahora se hace es planificar la búsqueda de la información [...] Y] esta situación implica [...] el decrecimiento del esfuerzo mental”<sup>66</sup>. Con todo, ya con el abuso de la televisión en edades tempranas, antes del uso de la Red, se temió por un efecto equivalente. En realidad, de modo similar a lo ocurrido con la irrupción del cine ante la novela, aunque no quepa negar esa disminución de atención e imaginación, no se produce sin que se sumen además otras causas ajenas a la tecnología, enraizadas, más bien, en una inadecuada educación, ausencia de disciplina y de organización, en aquel conjunto de carencias que apuntábamos más arriba. El buen cine impulsa al espectador atento más allá de la historia narrada y sus imágenes<sup>67</sup>. De hecho, muchos usan intensamente la Red y los móviles y no se ven afectados por merma alguna. Dejan de memorizar listas telefónicas, pero ganan capacidad para considerar conjuntamente una mayor diversidad de datos antes de precisar la naturaleza de los problemas que contemplan.

Como ha sucedido con tantos cambios tecnológicos, gran parte de las ventajas y de las dificultades de los nuevos instrumentos depende de los valores culturales desde los que se emprende su uso. Es la *comodidad*, la *eficacia* y la valoración de la *velocidad* o ahorro del tiempo de búsqueda lo que ha llevado a la creación de filtros en los navegadores y buscadores de la Red. El programa se diseña para seleccionar la información mediante algoritmos matemáticos que estiman el estilo del usuario y sus intereses por la frecuencia de usos previos propios o de usuarios similares<sup>68</sup>. Sin duda, ese

---

<sup>63</sup> Celis, B. 2011: Actor... y ahora tecnoinversor. El País, 20-IX-2011, p. 43.

<sup>64</sup> Prado, B. 2011: Lo probamos todo... ¿sin comprender nada?. El País, 27-X-2011, p. 39.

<sup>65</sup> Ibid. p. 38.

<sup>66</sup> Benito, E. 2011: Google ya es parte de tu memoria. El País, 31-VII-2011. p. 28.

<sup>67</sup> Una más honda discusión del uso de la energía que el cine le ahorra al espectador se estudia en Sanmartín, R. 2011: Libertad, sensualidad e inocencia. Ensayos en Antropología del Arte II. Madrid. Trotta.

<sup>68</sup> Véase Mañana, C. 2011: La Red le adoctrina con su propio credo, si usted se deja. El País, 21-VIII-2011, pp. 28-29.

diseño ha parecido sumamente racional a quienes lo idearon porque nace de valores compartidos sobre la *comodidad*, la *velocidad* y la *eficacia*, que vienen además sancionados por el prestigio de la novedad tecnológica y su respaldo en la objetividad de los cálculos científicos, pero acaba repitiendo y abundando en lo mismo, en lo más conocido, en aquello que resulta familiar por su frecuencia y semejanza, cerrando de un modo progresivo la apertura de la atención a lo nuevo, a lo no pensado, a aquello que todavía pueda sorprender y hacer reflexionar al usuario que no se deje llevar por esa facilidad o comodidad de las nuevas herramientas informáticas. Con ese tipo de usuario-*masa* crece la homogeneidad y no se favorece el valor del *esfuerzo*, ni la *crítica*, ni la *innovación creativa*.

Obviamente, cabe renunciar a la comodidad del dirigismo y aprovechar la velocidad y amplitud de la Red. El tiempo, la memoria y la atención que ahorra el usuario crítico se usará en la misma dirección que el lector tradicional, solo que ahora podrá ahondar más rápidamente en el contraste de una mayor variedad de hilos argumentales en tensión, y al multiplicar el diálogo con los autores, también con los no afines, nacerá antes la necesidad de dar un salto innovador y creativo. No podemos, por tanto, remitirnos tan solo a la innovación tecnológica como instrumento creador. La inmensa información que yace en la Red sigue a la espera de la mirada interpretativa del usuario, y esta no depende de la tecnología, sino de la ética asumida, de la sensibilidad educada, del ideal que mueve la búsqueda, de la apertura mental, de la capacidad crítica al sentirse interpelado. Junto a la innovación técnica son imprescindibles los valores del *esfuerzo*, de la *crítica* y del *diálogo* con la *diversidad* de puntos de vista sobre el objeto de estudio. La apertura responsable que reclamaba Ortega del sujeto ante su circunstancia no cabe sustituirla con supuestos atajos tecnológicos si queremos que la tecnología nos sirva.

### **El mecanismo.**

Pero es más importante lo que la *comodidad* tecnológica nos revela de los pasos que se dan hacia un futuro horizonte. Esa *confianza* que escasea en las relaciones interpersonales, o en el anonimato del mercado, se deposita sin la adecuada crítica en la imagen culturalmente asumida del *mecanismo*. De hecho, el prestigio de cuanto se presenta en los medios de comunicación y la Red, la fiabilidad que implícitamente reclaman, o la sanción con la que así recibe su estatuto de realidad deriva en gran parte, no solo del autor que firma la noticia, la opinión o el artículo científico, del número de lectores o usuarios o de la puntuación otorgada en la Red, sino también de la gran aceptación alcanzada por una imagen cultural que compartimos –no formulada expresamente– sobre la fuerza causal que consagra el valor de realidad de todo elemento por su mera integración en el mecanismo inevitable del mundo, y ello lo asumimos en casi cualquier orden de la vida. Desde la mecánica propiamente dicha a nuestra propia biología, o desde los ordenadores y aceleradores de partículas –de prestigio, obviamente, merecido en estos casos– hasta la *mecánica* social y los *mecanismos* de la mente y la cultura, o el automatismo de los cálculos financieros y la Bolsa, presuponen la virtud causal del *mecanismo*. No solo desde E. Durkheim, sino incluso en C. Lévi-Strauss encontramos esa asimilación de los distintos tipos de sociedades a diferentes mecanismos. Sin embargo, la construcción es ya una metáfora muerta<sup>69</sup> y como tal se nos presenta como realidad incontestable más allá de la Física en la que tuvo su lugar propio. Extrapolada al ámbito social y cultural, no vemos sin embargo en la imagen del *mecanismo* su estatuto de ficción sugerente. La imagen que en su día fue innovadora, hoy nos impone su realidad como mera creencia orteguiana que arrastra como un lastre anacrónico la libertad de la mirada sobre el mundo. El éxito del *mecanismo* en la aplicación de las ciencias naturales ha sido tal que ha puesto en duda el libre albedrío, como si el ser humano y sus creaciones sociales y culturales fuesen solo contemplables desde un punto de vista físico o natural, olvidando de ese modo el significado y sentido histórico de dichas creaciones.

---

<sup>69</sup> Véase Paul Ricoeur, 1980: La metáfora viva. Madrid, Ediciones Europa.

Con todo, el mismo esfuerzo desplegado en el texto para desentrañar la mecánica de la historia hacia el futuro nos desvela el problema. No podemos predecirlo porque no encontramos el botón que deberíamos pulsar, la clave que habría que girar para desencadenar el movimiento del *mecanismo*. Con razón decía Ortega que además de la razón física estaba, no el mecanismo, sino la razón histórica. Quizá la observación de la crisis de estos años constituya una muestra adecuada de la fuerza de la imagen cultural que nos condiciona, de cuánto está afectando al futuro de las nuevas generaciones y, a la vez, de la radical insuficiencia del *mecanismo* como marco cognitivo para distinguir causas y efectos. Hasta de la *codicia* se pregunta si “no es tanto propiedad de los individuos como una dinámica de los sistemas”<sup>70</sup>. Con esa imagen en mente se rinde derrotado el ciudadano; le supera la fatídica maraña de los mecanismos legales, que no logran con su ciego formalismo acoger el valor de *lo justo y hacer justicia*.

Al criticar la vigencia de la imagen inconscientemente asumida, no se pretende negar la sistematicidad de la sociedad y la cultura, pero sí subrayar el carácter de *creencia*, en la que estamos sin darnos cuenta, que caracteriza la representación del sistema en nuestro imaginario colectivo. Vemos, no ya a los políticos, sino a premiados expertos proponer medidas económicas opuestas a pesar de que unos y otros sustentan sus propuestas en cálculos estadísticos tan fundados unos como los otros. Ni ellos ni nosotros poseemos un conocimiento suficiente del sistema social. Nuestros índices apenas arañan la intrincada red de *sinapsis* culturales, sociales y económicas que se están produciendo, no solo tras el anonimato de un mercado globalizado, sino en la simple vida cotidiana de todos. Sin embargo, a pesar de no conocer tan densa sistematicidad, todo experto o líder político opera respetando la autoridad de las afirmaciones que se basan en dicha imagen. Incluso se crean modelos para la compraventa automática de títulos en los mercados bursátiles que ahorran la presencia, atención y decisión de agentes pues, de todos modos, obrarían según los mismos criterios encapsulados en sus modelos del *mecanismo* mercantil. Demasiado tarde se “están tomando duras medidas contra las operaciones bursátiles informatizadas de alta velocidad que inundan los mercados [...] porque, a medida que se extienden por el planeta, empeoran las fluctuaciones del mercado. El coste que suponen estos operadores de Bolsa de alta frecuencia [...] es la pérdida de confianza de los inversores normales y corrientes [...] 'Hay algo impuro en ellos', afirma Guy P. Wyser-Pratte [...] 'Eso ha provocado esta tremenda volatilidad. Ganan una fortuna mientras que la gente resulta muy perjudicada’”<sup>71</sup>. Por su parte, los mercados reaccionan de inmediato ante cualquier variación de índices emitidos por otros expertos o por agencias de calificación que los han creado reuniendo, a su vez, en su fórmula, estimaciones de otros índices. De nuevo, las pantallas con las cotizaciones y los gráficos de los analistas reflejan en espejo la reciprocidad de sus imágenes en una interminable cadena cuya fuerza crece con la lejanía inalcanzable de sus múltiples eslabones. Nadie posee una imagen suficiente del sistema, pero todos creen que opera como un *mecanismo* con vida propia, leyes difíciles de conocer, secretos que al desvelarlos nos darán la clave para modificar el rumbo de la historia. Solo hay que saber qué *botón* hay que pulsar. Quizá sean varios (¿la productividad, el porcentaje de déficit, el tipo de cambio, el de descuento, la inflación, el diferencial de deuda...?) pero cuando los expertos los encuentren todo volverá a su cauce, y los afilados dientes de sierra de los gráficos de las cotizaciones o del empleo ya no herirán las manos de nuestros hijos y nietos en paro; los líderes y expertos nos llevarán de la mano entre la multitudinaria crisis hasta la túnica misma del *mecanismo* y, al rozar su borde con los dedos, cesará nuestra sangre.

En esa imagen, la economía se presenta como causa todopoderosa, pero quizá no se ha reflexionado suficientemente sobre la posibilidad de que, en realidad, sea un factor difusor, un potente intermediario de efectos producidos a ciegas, sin pretenderlo, con la intervención de imágenes culturales, valores inconscientes, categorías con las que el mundo es visto como real, o creencias asumidas como verdades en las que estamos sin saberlo, pero que guían al actor con la fuerza de lo

---

<sup>70</sup> Innerarity, D. 2011: Nostalgia de las pasiones tranquilas. El País, 31-VIII-2011, p. 21.

<sup>71</sup> Bowley, G. 2011: Freno a las operaciones bursátiles rápidas. The New York Times, El País 27-X-2011, p. 5.

evidente en el seno de la economía. No es que esas imágenes, valores, categorías o creencias culturales sean *la causa, el mecanismo*, eso sí, *cultural*, sino que no podemos encarar los problemas contemplando la economía como un mero mecanismo independiente de esa densa red semántica desde la que todo se significa. Sin una no entenderemos la otra. Esto no supone que debamos entonces buscar el *botón* que debiéramos pulsar para mover el *mecanismo cultural*, pues caeríamos en lo que criticamos. Lo impropio es, precisamente, esa dejación de la responsabilidad del sujeto en la supuesta mecánica anónima de la historia que se ha instalado en el imaginario colectivo.

Y si de la cultura y la historia pasamos al sujeto, tampoco hallamos en él un mero mecanismo. Verlo así implica una imagen antropológica más propia de la magia que de la ciencia. Tampoco se pretende plantear una disyuntiva entre *mecanismo* y *voluntarismo* –tan simple una imagen como otra–, sino constatar la vigencia y efectos perversos de imágenes insuficientes. La gran complejidad de la interpretación de la historia exige el uso de modelos económicos e imágenes antropológicas mucho más densas y que aúnen en su construcción la inevitable interdisciplinariedad del fenómeno<sup>72</sup>, que arriesguen la integración de datos cuantitativos y cualitativos mucho más próximos a la intrahistoria no solo de la vida común, sino del interior de las empresas, de las familias, de las negociaciones y de los usos sociales en los despachos en los que se toman decisiones, hasta desvelar la efectiva cadena de acciones reales que parece perderse y nublarse en la anónima lejanía de *los mercados*. No hay botón que pulsar porque no hay tal mecanismo. El supuesto mecanismo es *todos nosotros* que obramos a ciegas, cerrados en la esfera de nuestro mundo habitual de la profesión, cumpliendo lo esperado según el estilo compartido con los iguales. Necesitamos, por tanto, una más lúcida consciencia del significado de nuestras acciones y de sus efectos más allá de nuestro estrecho horizonte, esto es, una mayor percepción de la alteridad de la vida.

Los elementos de la red cultural con la que todo se significa se han gestado lentamente antes de la crisis como un ambiente mental que ha ido inculcándose en la educación, en la interacción familiar, en el trato social, en la corrección política, en los acuerdos para programar la obsolescencia controlada de los productos, en las mentiras piadosas (o no tanto) de la publicidad, en el deseo de encarnar la imagen de un ejecutivo eficaz, capaz de idear nuevos productos financieros cuya colocación en el mercado genere los beneficios que justificarán su permanencia o escalada en el puesto de trabajo, o en la imagen de un bienestar medido por modelos sociales estereotipados, sin que nada de eso haya dejado tiempo para la escucha personal del propio silencio. Como señala el cineasta Karismäki, “la corrupción, más que crematística, es mental”<sup>73</sup>. Esa lenta gestación histórica se produce sin sentirla. Por eso parece que nada pueda hacerse o que nadie sea responsable de lo sucedido. Así lo expresan los personajes de la película *Margin Call* que acaban de ser despedidos en el inicio de la crisis del 2008. Se trata de aquella cara oculta del problema que veía Ortega. Pero sí somos responsables y sí podemos hacer algo. Podemos desvelarla. Desocultarla, como decía Heidegger de la verdad. Y ella nos iluminará. No se trata de traerla a la luz de la ciencia. La verdad nunca podemos sacarla a la luz porque la luz es ella. Por eso hemos de investigar humildemente, desde la oscuridad de lo que no sabemos, y hacerlo con la denodada fidelidad a lo que así se vaya iluminando. En eso consiste la innovación, no en traer más casos bajo la vieja luz de lo conocido.

### **El arte y el horizonte.**

En esa lucha histórica, que del territorio ha pasado a la conquista del tiempo, el arte realiza incursiones cruzando la línea del horizonte de la época; investigaciones de vanguardia que son más arriesgadas que operar en la retaguardia, como hace la ciencia social. Por eso, una mirada al arte ayuda

---

<sup>72</sup> Contra el cierre de las ciencias sociales insistía recientemente el sociólogo I. Sotelo en *El País* 20-IX-2011, p. 27, precisamente para reaccionar ante la inutilidad de las propuestas formuladas desde puntos de vista intradisciplinarios ante la crisis.

<sup>73</sup> Belinchón, G. 2011: Aki Kuarismäki. Director de cine. *El País*, 23-IX-2011, p. 52.

a vislumbrar borrosamente el futuro. No me refiero solamente a la novela de ciencia ficción o al cine de igual género. Tanto *Metrópolis* (1927), de Fritz Lang, *1984*, de G. Orwell (1949)<sup>74</sup>, como *2001*, de S. Kubrick (1968), previeron un futuro que ya hemos sobrepasado y, aunque acertaron en cierta medida con sus metafóricos avisos de peligro, tampoco han sido eficaces sus advertencias.

No es muy alentadora la imagen del porvenir que el cine nos da. Desde *Blade Runner* (1982) a *El planeta de los simios* (1968), *Hijos de los hombres* (2006), las distintas *Guerras de las Galaxias* (1980-2005), *The Road* (2009), o *Avatar* (2009), el riesgo nuclear, climático y ecológico es el gran peligro que enmarca los mismos problemas morales que la ciencia denuncia en nuestros días: pérdida de libertad, prevalencia totalitaria del grupo sobre el sujeto, escasez energética y dificultades (retrasos y esterilidad) en la reproducción humana, violencia y desorden social; un mundo oscuro e inhumano, sin inocencia. Más allá de dicho género, tomado en su conjunto, la reflexión moral que el buen cine hace del hombre de nuestro tiempo<sup>75</sup> (desde las obras de I. Bergman, S. Kubrick, F. F. Coppola, L. Ullmann, Ang Lee, Sam Mendes, Todd Solondz, Robert Altman, J-P. Jeunet, Fernando Meirelles, Stephen Frears, Bertrand Tavernier, Wayne Wang, D. Lynch, V. Erice, A. González Iñárritu, Mike Leigh, D. Arcand, L. Visconti, Terrence Malick, etc.) encierra, no obstante, un diagnóstico valioso para el estudio del presente en el que hemos caído al rebotar en la pared invisible del futuro. Para percibirlo tendríamos que detenernos a escuchar el efecto coral del conjunto, apreciar las coincidencias y énfasis entre autores y temas tan dispares. Son muchas las cosas que cabría destacar, pero creo valioso señalar la nueva figura del antihéroe, del fracasado que acepta su derrota, soledad y perdimiento frente al antiguo héroe clásico. No es fácil alcanzar la rotundidad del clasicismo en épocas de decadencia, de crisis y desarrollo del Nihilismo. Es difícil componer hoy con la plenitud y equilibrio entre tanta tensión como fue capaz Johann Sebastian Bach, o con la grandeza de Beethoven. El hombre que nos presenta el arte actual, más aun cuando lo proyecta en el futuro, carece de esas cualidades. Ya vimos que no es un hombre de una pieza. Cuando el arte cruza esa línea que no puede alcanzar la ciencia, vislumbra un hombre que ha perdido la juventud del clasicismo, su rebosante energía, pero que parece más maduro y realista, más humilde al reconocer la inabarcable grandeza de una vida capaz de derrotarle; no ve, como se dice en *El árbol de la vida* (2011), de Malick, *la gloria*, pero sí parece más sabio en medio de una difícil e imprecisa esperanza.

A pesar de que el presente esté lleno de canciones –nunca la vida había tenido un fondo tan musical como en los siglos XX y XXI– el hombre queda, sin embargo, enmudecido, incapaz de proferir el nombre verdadero de las cosas, ese que sólo se desvela por sí mismo. Quizá pueda verse esta figura antropológica de nuestro tiempo de un modo negativo por su falta de clasicismo. Con todo, y sin darse cuenta, esa mudez nace también de aquel respeto ante la alteridad de la vida cuya percepción echábamos de menos. Es la profundidad del lugar en el que nace la vida lo que dificulta su concienciación. El nuevo saber que el siglo le otorga al hombre de nuestro tiempo le hace prudente. Entre el saber y el no saber, se debate sin encontrar la palabra que de nombre a su fe, a su desconocida esperanza.

Como con todo lo humano, también en la creación de su propia figura lo dicho hasta ahora y su contrario son ciertos. La división identitaria del sujeto, su creciente anonimato e impersonalidad, la trivialización de su historicidad, la banalización e inanidad de sus interacciones sociales, la ilimitación de su deseo de libertad aditiva, su prisa por vencer al tiempo con la velocidad, su comodidad sin esfuerzo, su desconfianza y apoyo con sus iguales anónimos, su fe en el mecanismo de todas las cosas, están generando sus respectivos contrarios y no solo en el espejo del arte. Crecen los esfuerzos por reconstituir al sujeto y hallar un sentido de la vida en el florecimiento de las Iglesias, en la práctica de

---

<sup>74</sup> La novela de Orwell fue llevada al cine precisamente en 1984. Fue dirigida por Michael Radford.

<sup>75</sup> No tengo aquí espacio para comentar tantas obras. En *Meninas, espejos e hilanderas* (2005) y en *Libertad, sensualidad e inocencia* (2011), ambos publicados en Trotta como Ensayos en Antropología del Arte I y II, hay una más amplia interpretación de obras de los citados autores.

la meditación. Crece la solidaridad también en la Red y se recogen firmas y fondos que apoyan causas que podrían perderse. La irresponsabilidad que se descarga en el mecanismo se cuestiona con nuevas iniciativas, con un regreso a la política, a la participación, a la ciudadanía. Una observación no niega ni anula la otra, porque el que ambas puedan darse de un modo simultáneo es fruto de cómo la realidad se polariza al discernir en ella los extremos del arco moral en cuyo interior se está gestando el hombre del futuro. Entre ambos polos hallamos lo que nuestra época considera relevante.

Si nuestra cultura discierne entre esos extremos un sinfín de conductas es, precisamente, porque considera unas mejores que otras. No es, pues, indiferente favorecer unas u otras. La energía que se deposite en lo valorado positivamente ayudará en la gestación de un tipo humano mejor en el futuro. Eso no es apretar un botón para desentenderse y dejar que opere automáticamente el mecanismo, sino una inversión que compromete al sujeto, a la sociedad y sus recursos, no solo económicos, sino, sobre todo, morales y cognitivos. La vuelta a la economía real y a la educación exigen una gran innovación en la conciencia, que no se produce sin un cambio en el ritmo personal, en la distribución de la atención, en la disciplina de cada cual, y una honda transformación en todo aquello que constituía la costumbre. Se trata de volver a tomar entre las manos las riendas de la historia, no para prever, sino para construir personal y solidariamente el futuro.